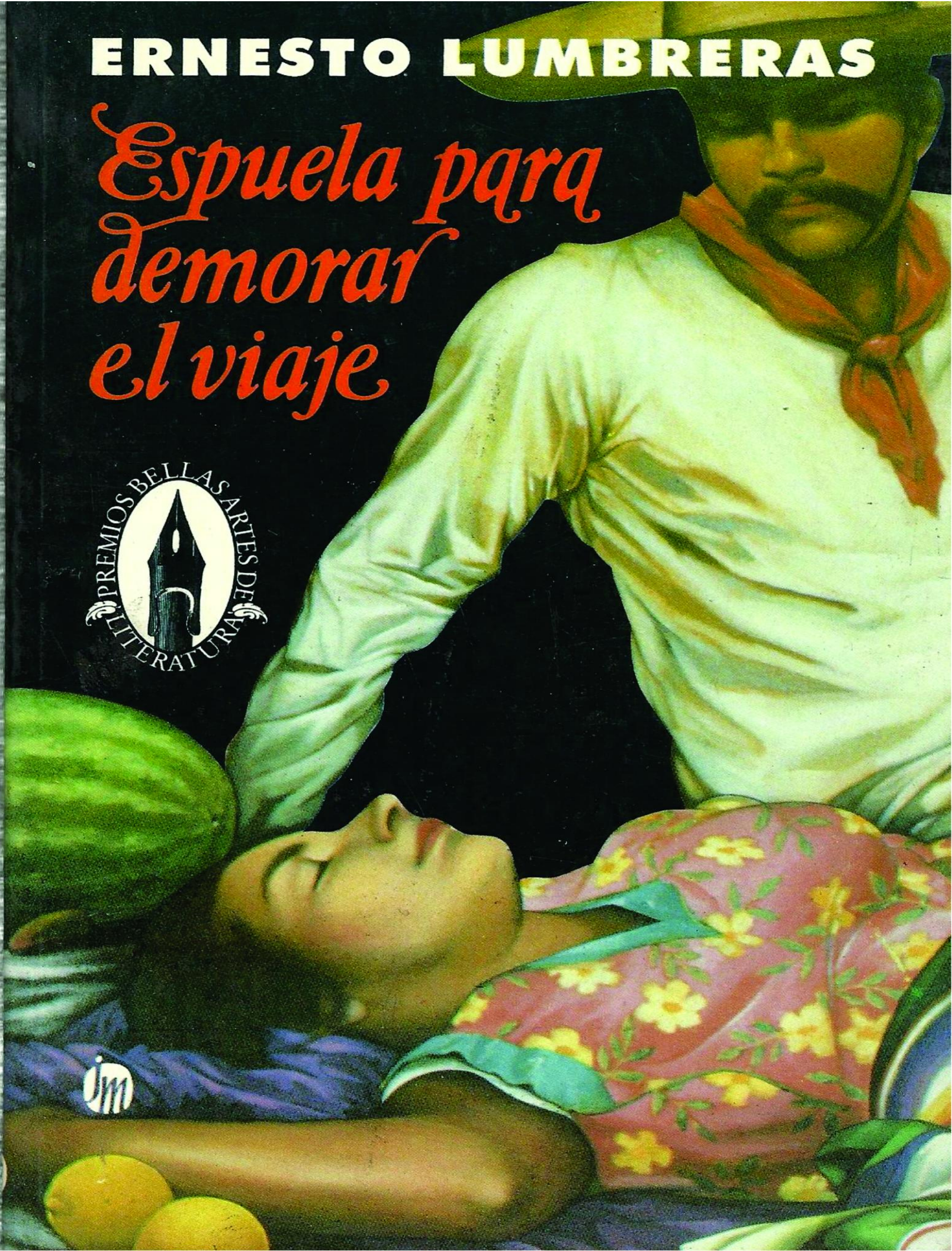


ERNESTO LUMBRERAS

*Espuela para
demorar
el viaje*



*Para María Carbajal
y Juan Bautista, mis abuelos.*

Para Roxana Elvridge-Thomas

Ocio de barbero durante la guerra

El guardador de rebaños

Dormido oye el ovejero el tibio silencio de su silbato. Rumiante la siesta del rebaño, un azul recién pintado como azoro de perdiz revienta su bostezo. Oye su silencio de agua entre las manos, rompe el sol de la piedad persiguiendo su sombra.

Dejémosle ir sin abecedario al mirador de una colina. Comisario sin estrella, su ladrido guarda el polvo de los confines, la numeración del trébol sostiene y continúa. Miope de soñar la lluvia, simulará un orden de tablero.

Corre para demostrar nuestro pensamiento. Dispersa al impostor y a la noche de un campo de maíz maduro. Nos previene el corazón con su nariz, señalando los augurios del temporal y de la aurora.

Dejémosle ir un domingo de primavera a remover la luz de una colmena. Turbado por un clarín de agujones regresará siendo otro, atento a la música de una cocina al levantarse.

Ocio de barbero durante la guerra

Para Nacho Trejo

Tronó la girándula de su caramelo con los enlistados besando a las novias. Hizo arder las brujas blancas en el tapiz de sus eyaculaciones. Entregó a las carmelitas la música de su navaja, prolongándose en la numerología de los espejos.

Silba con delantal la caballería de Rossini removiendo la espuma de un mar muerto. Pone brea al sillón de volantín, escrupuloso en el arte de las mortificaciones, tras las noticias del frente.

Acabará la balacera un día soleado, piensa con la aritmética de barbas en remojo, pusilánime tras el turno de esmeril de sus tijeras. Melancólico por las bajas del equipal de sus prórrogas, vuelve a la carga con su mantel de seda, extendido, cubriendo una parte del cielo.

El semental

Rodeado por agua de cielo está siempre. Lo turba la bugambilia con su escalera de lumbré. Flecha tras el celo de la misma aurora, su campanario atisba la fertilidad del grano que abandona.

Macho de una sola quimera como la lumbré del perdigón en los lindes de su ombligo, ventea la melusina entre alambradas. Su brevedad tiene un atardecer sobre los cuadriles de la hembra.

Mueve con música de luna las vísceras en la pared del hueso llevadas por la cólera de su tolete. Colección de brama, entumido y ciego, reviente su corazón tras una lluvia a cántaros.

Mayordomo sería de no cumplir con la paternidad de quien lleva en su respiración una partícula suya.

Un incesto en la familia Sánchez

La mañana con su vaho de toro te abre los ojos. Arde tu vientre como la floración de una charca asoleándose. Rama de nogal a palos, supurando lo múltiple de este grano de hielo te muerdes los labios.

Virgen de un manantial secándose, la sangre del diablo por tu corazón se demora y parte. Comidilla de criada o blanco de hisopo, la curvatura de tu embrión contiene los círculos de la golondrina como un hallazgo de alacena.

Tras el purgatorio del sietemesino, desearás un aguacero en el camino de tus muertos. Recuerda y ten a la mano el consejo de una brizna de menta.

Habla un muerto

En las rutas momentáneas de una gota de aceite abro los ojos.
Empobrecido por la mañana, entre los perros de la canícula,
reconozco la piedad. Aún cerca del polvo, mantengo el sol entre
las costillas.

El ayuno de sal y agua me devuelve la imagen de un pavo real
absorto por las luciérnagas de un hacha afilándose. Renegado de
los manteles extendidos para un día de campo, apetezco la
emoción de la mantequilla y el relámpago alumbrándome en un
movimiento de comensal con hambre de dos días.

Otro habla por mí, lengua de una sola vocal aferrándome a sus
ácidos. Con un crecimiento de uñas, las vísceras rotas, distingo la
colina del cielo y la gravitación de sus pájaros.

Con una gota de semen en su salmodia, las hormigas parten
de mí, hacia su noche de larvas.

Un muchacho en la hierba

En el prado de la perversión, de cara al cielo, reanuda su heroísmo. Ambidiestro de mañas, lo fortalece el silabario de llegar antes que nadie.

Párroco de cabras, ensaliva el bastión hasta escaldarse: agudo trombón conteniéndose en un brote de pólvora. Bebe del pezón solar, saturado del vértigo de un pescador de esponjas, maravillado y aturcido en las profundidades.

Repasa el corolario de figón, inspirándose con la mirada en blanco. Se vuelca con premura de colibrí tras el surtidor consuetudinario. Arremete el pedaleo de montaña, atisba la serenidad entre silbos. Respira hondo, solícito a su muerte momentánea.

El enfermo

Seducido por el vértigo de los naipes en la brevedad de sus encuentros. Inmerso en la pasión de un armadillo mirándose en los ojos de un galgo.

Cae sin presentirlo. Apenas balbucea la sílaba del horror y la mordedura de un lagarto le devuelve las piedras arrojadas a la superficie de un estanque en los días de su infancia.

Al despertarse deberá compartir los riesgos de un barco de papel asediado por una multitud de ranas.

Espuela para demorar el viaje

Espuela para demorar el viaje

1

Despierta entre el presentimiento del patíbulo y los vapores de su concubina más joven. Soñaría con una legión de ánimas confiándole una almendra, leales a su trueque de minas por incienso.

Honorable el repique de sus botines en el empedrado, entre el relámpago de la golondrina marchará de su casa de mimbre a los infiernos. Luminoso es su movimiento como el de un felino a la falda de su dueña bajo un sonido de llaves.

Con apostillas de tréboles le habla a su corazón. Memoria de centavo bajo la maceta, un temor le rondará, impecable, al doblar las esquinas.

2

Oye la campana y el vértigo de su corazón define el monosílabo de tacones tras el alba del hisopo.

Alebrestado chapulín en brasas, lo sacude el temblor de su sangre. Con órbita de bacalao desde el sitial de órganos, furtivo de su propia turbación, dispone rúbrica de número a los ejemplares de su instinto.

Última letra de su ejercicio será la quietud de una liebre al escuchar su orina. A fama de tahúr, guardará en el zafarrancho una espuela para demorar el viaje.

Huapango del payo

A caballo, ijando espuela,
la hembra a palmo de su silla,
silba con lumbre de menta
el oro de sus verijas.
Tantea sus nalgas y siente
un río de mil orillas,
—vértigo de ser tan breve
como un buche de tequila.

*Dónde andará este matrero
fiando el querreque de payo
a la hembra del carpintero.
Le dicen el gallo prieto
lo nombran hijo del diablo
lo apodan el pito suelto.
Dónde andará este labiero
con luz de espíritu santo.*

Extiende su sarape, atisba
con baba en labio, el tiempo
del pezón con sus sílabas.
Con agua verde hasta el cuello
entre, puja y ensaliva,
le ordena a ciegas los huesos,
decúbito como un perro
al fogón revienta hormigas.

*Dónde andará este matrero
fiando el querreque de payo
a la hija del panadero.
Le dicen el gallo prieto
lo nombran hijo del diablo
lo apodan el pito suelto.*

*Dónde andará este labiero
con luz de espíritu santo.*

Al rezongo de su dueño
cocea el garañón, respinga.
Atrás quedó la hembra. El eco
que oye tiene alma, no vida.

*Mi padre para mí fue el “asesino”
Umberto Saba*

3. (blasfema un hijo de tantos)

Bajo el sol canicular orino tus huesos. Como un trampero de
águilas cebo tu nervadura, dándole al vértigo un grano de polen.

Dobleteo un apellido y soy entre tus ramas, la lengua del comejen.

Hijo natural como la piedra, apaciguo las corrientes
subterráneas. Vertedero con la sal cubriéndote los ojos, postergo
tus apariciones con la lumbre de esta plegaria:

*Despierta padre mío en el infierno.
Tu corazón lo encuentren las hormigas.
Véndase al boticario tu esqueleto.
Si el cielo existe que en su mar te ahogues.
Vestido de hembra el diablo te seduzca.
Entre a tu sueño un lobo y no despiertes.*

¿Qué impostor de mirra ventea su pólvora de catrín a la hora del duelo? Con aire de levitación toma el sombrero y parte con el talismán de su cigarra.

Desdeñado el palmaré de gatillero, los padrinos del ángelus descubrirán la cornamenta de su contrincante. Dándole la espalda, por un destello, estará perdido bajo la respiración de los caballos. Tras el término de la caminata decimal, revira sin demora de ventana abierta, a las incandescencias del escarabajo.

Plomo despertando con pensamientos, el suyo. Pone pie sobre el estribo y se marcha. Al relincho de su zaino, recapitula con pericia del salmón la noche del agravio.

Molusco para la cópula y con vértebras entre el redoble de la fatiga. Pone el sol sus edictos y ya despierta en el bronce de la palangana su ánimo de mandamás bajo el aire de la boñiga.

En el almuerzo, lo satura el chocolate enfriándose a dos manos, y el trajín de la galopina le amonesta, con lengua de jabalí, las pasiones del mañanero. Tras el jarro de sílabas pasadas a fuego, tiene ya en claro la bitácora del ranchero cabal con un palillo entre los dientes.

Silba los númenes de *El caballo blanco* arremetiendo el trinche en los paredones de paja. Hostiga a su nómina de peones, satírico y vil, con el celo de las vacas corriendo por sus ojos. Palpa las ubres entre calosfríos, brotando entre sus pulgares la noche blanca de San Silvestre.

Un bucle de vinagrilla merece su bigote este miércoles, suponiendo la música de los cencerros como la de un baile de pompa.

6

(habla una hembra resentida)

Rasguen tu pelambre y sorbe la fiebre de tu melancolía. Viejo ladrón de lumbre, no pudiste con el desvelo, te fue fácil enterrar la semilla de tu conmiseración. A puntapiés te cobrarán las colmenas robadas una noche calurosa, pendiente de las comidillas del diablo.

Viajas con burlas de avispón y la costumbre de espiar los fantasmas del vapor te humilla sin dar tiempo para tus purgaciones. Dejas atrás un remolino de letras odiándote, el arroz del paludismo con sus percherones envejeciendo. Cielo que no verás ni con el polen de tu lengua, alejándose de ti como un ventarrón de langostas.

Quema el sol y la refriega de novillos dispone la bandeja de su lucimiento. Los pañuelos en las graderías lo desatienden de irrumpir en el lienzo con un paso de muerte. Menesteroso y con garbo afina los traspies de la mangana como la suerte predilecta de un campeón sin tachas.

Amansador de treinta y siete reparos, lo favorecen las vorágines del río. Compite sólo con su sombra, sacudiéndose en la arena marcada por los cascos de la bestia. Respira con el aguardiente de la calma, charro completo como lo es hasta en el sueño, convencido de otra realidad siempre prófuga.

Alumbrado por la simetría del toro increpa a su sangre, el perdón y la condena de un recolector de cornamentas.

8

(un sacerdote lo excomulga)

Inunda esta semilla, Señor, y dobléala la punta del ciprés para seguirte. Repite la sílaba de nuestro amor entre cardos, multiplícala para convencernos de los conjuros en tu contra. Malhora de la salamandra si la noche hiela, asombrados en tu casa con un propósito de sales.

Ahoga este garañón en la espuma de su brío. Túrbalo con el vacío bajo sus pies, cayendo entre las nubes de la fiebre de un recién nacido. Revolcándose sin el aceite de la piedad, déjalo de cara al sol con su corazón lleno de larvas.

Encomiéndalo, sin letra de catecismo, a remover los difuntos de sus riñas. Desnudo como una gota de agua lo encontrarás llorando el alhelí de un párvulo en los sótanos del arrepentimiento.

Cuenta los once pavos reales del cantinero y su cercanía de fragua repunta. Adolorido como el que más, bebe con precipitación de buscador de oro divisando, entre hojas, el anuncio de su epílogo.

Con el desdén frotándole la conciencia, chupa un limón y atestigua el vapor del trago en sus adentros. Veterano para el corsé más ceñido, tronó su tacto con la burla de levantar, a guisa de excusa sólo su lengua.

Lo golpea la bilis del mulo, ensayando su cópula imposible. El nunca más de rebatir faldas bajo el pirul de sus amonestaciones, enmudece la música a su espalda. Hasta el fondo va este goterón de lumbré, servido con la melancolía de una tortuga.

Se hunde en los médanos de un espejo picado de mosca. En los confines, la del estribo le aconseja desaparecer una mañana con lluvia.

El corrido del garañón

¡Rompa la garganta el diablo
quemando todas sus sílabas!
Muerto por muerte debida
un gris de azor en la carne
su comodín de arras pinta.
Cuelga del cielo, no piensa
más allá de lo que mira.

*Un corrido muy mentado
este guitarrón remeda.
Murió un garañón de cepa
con su guaje a flor de orgullo,
dando luz entre las piernas,
Ocelo de un toro de pólvoraØ
con una brasa en la lengua
anduvo por estas tierras.*

Aguja es de un policía
como el sol entre los pájaros.
¿De qué bronca garantía
liba el desliz misántropo
raudo de entregar su cuerpo
al silbo de la otra orilla.

*Un corrido muy mentado
el violín del ciego acendra.
Murió un garañón de cepa
con su guaje a flor de orgullo,
dando luz entre las piernas,
Ocelo de un toro de pólvoraØ
anduvo por estas tierras
con una brasa en la lengua*

Lloren ponzoña los huérfanos
del guardián de la colina.
Corre ciempiés, repite
estos versos, ilumina
con lumbre de almas, el árbol
de cuya flor brota un muerto.

Prendido en la madrugada, roncando *bajo un árbol lleno de tórtolas*, suplicó a la patrulla una muerte de centinela. ¿Qué robusta rama le contendrá el aire, sordo al pío del cascarón abriéndose sobre su cabeza, mecido por las ráfagas de los albores de marzo? ¿Qué nudo de alguacil para redimirlo con el rojo de los tejados, mirándolos con el sepia de sus ojos insomnes como si advirtiera la aparición del colibrí en una chimenea crepitando?

Escandaloso y tímido en el verde patíbulo, silbaba con lengua de hojas un valsecillo hiriente y constelado. ¿Qué lejanía le impone su velatorio, secándose la pupila en trasponer el paisaje de la noche a su sangre coagulada? ¿Qué llorona resuelve el séptimo día, cautivo de sus gases, buscando un gramo de piedad en la recolección del tornado?

Iluminaciones de un segador
de menta

Para mis hermanos

*There was never sound beside wood but one
And that was long scythe whispering to the ground.*

Robert Frost

(clamor)

*Veremos los milagros de una noche lluviosa. Hermosos serán los
envíos. Colinas te pedirá el insomnio. Reincidencias del ladrón de
cebada suscitará tu pasado. Voces tendrá mi proeza en la mañana
de su coronación.*

Verano

Todo comienzo lo induce el sol con su recitativo de flamas. Roca en la que sueña la salamandra su invadida ilusión por un pensamiento de nubes.

Llámesese verano al desasosiego de una muchacha ahogada en la claridad de un nombre repetido en sueños. Pronúnciese la avidez del corazón como si las pasiones de su mediodía relataran el periplo de una semilla.

Testigos para el acto de heredar un cofre de salmos los hay, es cierto, pero su prudencia va más allá de una emboscada de puñales. Agradecido de su soledad, en la melena del símbolo de Leo establece la cólera de un herido amoroso.

Balanza para cielo nocturno

Para una bienvenida, abre el cielo su molino de agua. Oye el que duerme la fortuna del trébol, sus cuidados de recién nacido, la dignidad de su música siempre al borde de una lágrima.

Deberes del tordo son aquellos que el caporal disimula con el ala de su sombrero. *Ojo de un alegre pastor que se despierta*, sabe el que duerme no sólo el día del ayuno o en la jornada de abejas entre los disturbios del verano.

Ningún privilegio tendrá el loco al hundir sus cascabeles en los vientos de octubre. Furor del heredero merece la iluminación del águila al rebelarse en contra de su sangre.

Madre

Eternidad de una hoja de laurel dispone su mano al devolvernos la quietud del agua.

Ningún cancionero puede ir con el corazón tranquilo de no descubrir su ventana. Hogar es el suyo para escuchar el cascabel de la culebra, agonizando en las alturas del cielo.

Memoria de su felicidad trae el aguacero durante la noche.

Crepúsculo

Oído de una música entregada a sus enfermos. Acero de la herida, sincera es la filigrana del arpa, escúchala, abre tu heroísmo, reconoce la clave de un sol empeñado en perder su día por un poco de sombra.

Granizo

Creencia de un tejado donde cae el sol a plomo. El antes y el después de un carpintero con la boca llena de clavos. Impedido el tarareo, la armonía de su martillo cubre de gracia la timidez de los novios.

Piedra de agua en la boca de un niño. De favores del cielo tu lucidez nos ha engañado.

Relámpago

Por la obediencia del tigre surge del cielo. Una ovación a su espalda, héroe de lo importuno, despierta a los polluelos de la golondrina.

Por la iluminación de un fantasma cuidando el sueño de sus hijos. Por el mayordomo descendiendo la escalera con un candelabro en la mano aparece el relámpago con su nervadura de hoja santa.

Humeante aún por la mañana, de su resplandor herido, júbilo de ciervos, brotará un claro de bosque.

Nevada

Tomo un pedernal y aparezco la nieve: agua para la sed de mis muertos. Con esta vendimia de lana, el petirrojo resuelve las dudas de la recién casada.

Llueve con ilusión de panadería. A cada quien, busco crearlo, un gajo de aluvión le llega del cielo. Musgo de la luna, por los favores recibidos, prolongo este día en tu escritura.

Cumpleaños

Pasó la noche el jilguero sin traicionar el alba de su cascarón roto.
Flor de las precipitaciones, hizo de su primer aleteo el estupor de todos sus enemigos. Ahora cree en sus iluminaciones y basta tan sólo socorrer la maravilla de su pasado con una formación de sauces.

No más bondad, que su intuición alentará a los dormilones en el inicio de la cosecha.

(tósigo)

*¿Aparecerá una lágrima de diablo con la lombriz recién
desenterrada en el pico de los polluelos de la golondrina?*

*¿Guardará un parentesco con el calor de este nido la ilusión de
ver en la muerte un cielo despejado?*

Ermita para un árbol genealógico

Eres la piedad y la primavera.

La tempestad en las ramas de un árbol.

La joven que en su sueño huye de casa.

Eres y tú lo sabes, la mañana.

La sorpresa de un muerto al despertarse.

Mares

Piensa Van Gogh en los mares de la luna.

Maldiciendo, recoge sus pinceles

y se dirige al campo. Es de mañana.

Con el corazón ebrio, el pulso de ángel

esboza una bandada de gorriones

que dispersan coléricos mastines.

Piensa Van Gogh tirado sobre la hierba

en los mares del cielo, en sus naufragios.

Una mañana en el jardín

Para Eduardo Langagne

Hay un gato en la barda del jardín de la casa.
El resplandor en la hierba igual que un cubo de agua
lo tensa y acobarda. Un círculo de pájaros
entre migas de pan despierta en su nariz
una alegría de alas. Si no estuviera un perro
absorto al movimiento de ir y no ir por su almuerzo
otro gallo cantara. Como una gota de agua
en un terrón de azúcar el gato se consume
en preparar su salto. Nunca lo hará, lo sabe
de cierto y con mayúsculas. Tal vez la historia cambie,
añora el bigotón, cuando un muchacho tome
su cuaderno y su lápiz y dibuje esta fábula.

La sequía

En un árbol de tres ramas, el cielo
su mar reposa, plácido y sin islas.

Un caserío en ruinas se renueva
a la vez que de polvo de fantasmas.

Tiembla el camaleón toda la noche
como un borbotón de agua bajo el suelo.

Una almendra es el llano, un fuego de almas:
junto a la noria yace roto un cántaro.

Un fósforo en el agua

Al fondo del estanque descubro una canica.
Siempre de un lado a otro como un brillo de escamas
se extravía y regresa. Es una yema de huevo
pulida por el agua y las conversaciones
de dos lavanderas. El rey de las canicas
todos me llamarían, si entre el pulgar y el índice
este sol de verano al centro de la rueda
con tino lo lanzara. Sondeo lo profundo
del estanque ayudado por una rama seca.
“La vida es como un juego” dijo siempre mi padre.
Lo recuerdo al hundirme, apenas vislumbrando
un fósforo en el agua. Entre mi falta de aire
y la noche del lodo, salgo a la superficie
dejando atrás mi cuerpo.

La mañana entre el barro

En el centro del patio romperé mi alcancía:
un faro bienhechor con el martillo en mano
dirige el movimiento del asombro en mis ojos.
Golpeado por el ansia estoy alegre y triste
como una flor nocturna oliendo su perfume
en un sótano rancio. Sospecho que el marrano
sonríe por la música que lleva en sus costillas.
De pronto y sin aviso dejo caer el hierro
sobre el lomo del cerdo. Cegado por el brillo
de los peces saltando en su red de guijarros
me dijo complacidos: “No más filosofía
sobre cómo encontrar la mañana en el barro”.
De tertos generales cada moneda tiene
la tarde de un domingo en casa de mi abuela.

Ermita para un árbol genealógico

A

Entre campos de cebada resplandece su aguja.
Muertos están mis muertos bajo la primavera
de un goterón de lumbre. Un albañil de Puebla
sin plomo de aguacero, hizo con levadura
la oquedad de la ermita. Por la mañana reza
entre puntos de incienso una joven viuda
con un rosario de agua de dolorosa música.
Limpio el vitral de Gólgota trepado a la escalera
entre el vaho de Dios. Alimento palomas
con sílabas de arroyo, atisbo a ser un hombre
atento al sol de este árbol. Si el polizón de sombras
esconde mi linterna, a traspies por la noche
cerraré todas las puertas. Viejo soy bajo su fronda
abrigado a su cielo y al terror de sus voces.

¿Quién teme encontrar su sombra dentro de una nuez, seducido
por el cielo de un pozo de agua?

B

Noviembre es una hoguera con dos niños
en torno de sus llamas. El otoño
tiene algo de muchacha muerte. Miro
la cruz sobre la cúpula y presiento
un enjambre de abejas en mi espalda.
Cuido la muerte de otros. No me quejo.
Apaciguo la fiebre a los difuntos
con vértigo de agua tras el salto
de una rana. Reviento el mediodía
en la siesta de quien habla dormido
bajo un cielo sin nubes. Corto la hierba
cada viernes después de tomar la hostia.
Llamando a mis amigos a la mesa
repico una campana de ceniza.

Al país del corazón, el manantial de mis fantasmas establece su
ruta más cierta.

C

Con la música del cangrejo
o la piedad de dos amigos
mirando el sol caer al agua
abro los ojos a mis muertos.
Criado de un remordimiento
rompo el cascarón, escarbo
la luz lunar del epitafio,
limpio uno por uno sus huesos.
Durante la noche conservo
el cielo en un tazón de leche
oyendo el chirrido de puerta.
Apunto la hebra de sus ecos
al corcho donde hinca el diente
el perro guardián de mi verja.